

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 267

Valencia, 26 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

Hombres de Plutarco

## Mi amigo Polinar

Pronto ha de cumplirse el primer aniversario de su muerte. Recuerdo que fué un día de fines de octubre del 36, o tal vez el 3 o 4 de noviembre, cuando se oía decir que los facciosos estaban ya a las puertas de Madrid... y Madrid no lo creía. Volaron aquel día, bajo un cielo terso y exquisito, los pájaros negros de la guerra infame. Murió Polinar bajo escombros: fué víctima inocente, insignificante, si las hay, de la vanidad de unos hombres... Tal fué su Destino.

Aunque era más simple que el hermano Juanipero, acaso lo presentía obscuramente —porque, ¿quién sabe lo que encierra la conciencia de cada hombre?...— El caso es que, ya en la noche del 19 de julio —noche pavorosa, preñada de arengas y funestos presagios— al sonar los primeros tiros en Madrid, Polinar adoleció de una especie de baile de San Vito, no cesando de temblar desde entonces hasta su muerte. Y, cuando un hombre tiembla así de miedo, tan profundamente, tan de veras..., algún iniciado en ciencias ocultas diría acaso que recibe esotéricos avisos, que arriban a él de profundidades ignotas, llamadas a la parte racional de su conciencia no atina a interpretar ni comprender.

Polinar no era siquiera, un hombre común. El mero hombre, cuánto más el hombre cabal o el héroe, sabe acatar las determinaciones del Destino como se acata un deber de todos los días, sin gastos ostentosos, ni depresiones humillantes. Pero Polinar no era un hombre común ni un hombre cabal y mucho menos un héroe. En la matemática de la vida, si así puede hablarse, representaba en conjunto cantidad negativa: el signo de su vital representación fue en todo: (—), el signo menos. Digo mal y cometo injusticia. Por algunas de sus cualidades morales, llevaba signo positivo, una cruz, el signo (+) más. Pero de todos modos, en su espíritu opaco, esas virtudes —bondad, lealtad, sentimiento del deber—, brillaban sin que él se diera cuenta de ello. Eran simplemente formas de un instinto moral tan rudimentario como obscuro. Porque pertenecía Polinar al dilatado linaje de los «Simplicios Simplicisimus». Y eso era, en efecto: un simple, un atontado, un bobalicon, uno de esos pobres de espíritu, a quienes se les asignó por quien podía hacerlo nada menos que El Reino de los Cielos; con lo que queda dicho que era uno de los buenos, de los leales, de los respetuosos, de los simples de corazón. Y por eso, por haber sido bueno, por haber sido noble, aunque noblemente bufo, quiero yo dedicarle este leve recuerdo en el aniversario de su muerte.

Era, pues, mi amigo Polinar, un personaje cómico y galdosiano. Un amigo manso y vinicola a sus horas, que eran buena parte de las del día y algunas de la noche. Movía a risa a cuantos le veían y trataban, cierto; no era para menos; pero nadie dejaba de mirarlo con simpatía y regocijo, porque fué espejo de cortesía, maestro en el arte de hacer reverencias, y porque de sus grandes reverencias bufas trascendía hombría de bien y deseo inagotable de ser grato a todo el mundo. Era, pues, un hombre antiguo, arqueológico, del que hemos perdido memoria, ahora que nos disputamos todos la palma de hacernos desagradables hasta al mismísimo lucero del alba. Sólo los bellacos

y los «listos» tomáronle como su hazmereir. Lo peor del caso es que hay tantos de ese finaje en este bajo mundo... Resumiendo: que como ya los palacios de los reyes no se pueblan de «hombres de placer» (llamábanse así en tiempos de los bufones, tontos, locos, enanos y otras «sabandijas», con los que se entretenían los reyes y los grandes de sus cortes), el pobre Polinar, mi héroe, o mejor, mi «contra-héroe», fué, dadas sus condiciones naturales, «hombre de placer» de la plebe. La plebe hispánica es así: grande como los reyes y los grandes de sus cortes; altiva, insensible, olvidadiza, como ellos; y no se conforma con menos de tener al servicio de su risa y mala entraña, que tropillas de locos, tontos, enanos y bufones. No puede vivir sin «las sabandijas», así se llamaba en la Corte a esos personajillos, o que parecían tales a su menguada condición. ¿Qué pueblo o mera comunidad no tiene su tonto, su loco, su mentecato públicos? Son éstos como públicas instituciones, y, aunque la legislación moderna se ha olvidado de ellos, a la antigua no le dieron poco que hacer. Ahora se los encomiendan, con científico refinamiento, a los psiquiatras. Mas alguna vez sucede que esas pobres «sabandijas» son moralmente de lo mejor de la sociedad que se divierte con ellas.

Así mi amigo Polinar. Velázquez le hubiera mirado con sus grandes ojos benévolos y humanos, como miró al rey Felipe IV, a los infantes y sus «sabandijas». Ni más, ni menos; igual a unos y a otros; pura democracia. Lo tuve a mi servicio durante cinco años largos, hasta dos horas antes de su muerte injusta. No faltó quien se extrañara alguna vez que tuviera a mi lado a hombre tan falto de sínthesis. Respondía yo siempre contando una anécdota de la atrabiliaria Duquesa Cayetana, la de Goya, que leí en las obras de Somoza. Se hacía la de Alba acompañar, cuando estaba en su finca de Piedrahita, preferentemente por un fray Basilio, «viejo, cojo, tartamudo e ignorante». Un día vió fray Basilio un ternero caído en una zanja. Mugía lastimeramente. Acudió a prestarle auxilio. Al salir de la zanja con él en brazos, le acometió la madre, y a cornadas y testarazos, dió con el frailuco de mala manera en la tierra. Los criados de la Duquesa se desternillaban de risa, viéndole pernear y dar gritos de angustia. Llegó la señora a tiempo de contemplar la chocarrería de su servidumbre, y, poco menos que a fustazos, les obligó a prestar ayuda al clériguillo, porque decía ella: «El lodo del semblante de aquel fraile, modelo de caridad cristiana y de lealtad, valía más que los epigramas y las personas de los que dél hacían chacota y bafa.»

En efecto, siguiendo la buena doctrina de la Duquesa Cayetana, por la bondad de su Polinar, por su lealtad, por su recto sentido del deber, en un tiempo lamentable en que todos a boca llena reclamaban derechos que los querían de gracia, y todos se olvidan, claro está, de sus deberes; por mi ordenanza y amigo Polinar, por el tontiloco Polinar, bien pudiera darse ampliamente, y no se hacía mal negocio, la cáfila de los que hicieron de él ocasión y objeto de bromas chocarreras.

Le estoy viendo ahora al menguado, con su levitón azul, de doble hilera de botones relu-

(Continúa en la página siguiente)

## La propaganda italiana en el mundo musulmán

Reclutamiento de 300.000 hombres en Etiopía

LONDRES, 19 de octubre.—Vernon Bartlett hace, en el "News Chronicle", interesantes revelaciones sobre los esfuerzos desplegados por Italia para la constitución de su Imperio africano.

Basándose en informaciones de buen origen, el autor comienza haciendo notar que no será para pasar el rato por lo que el Ministerio italiano de Prensa y Propaganda, empieza a unos trescientos traductores en redactar documentos en veintiocho dialectos africanos diferentes. La atención de las autoridades se concentra, sobre todo, en la propaganda cerca de los musulmanes. A este efecto, se piensa construir una gran Universidad musulmana en Harrar, Etiopía.

La propaganda italiana llega igualmente a las poblaciones indígenas del Sudán y a las posesiones inglesas de África. "El ejército negro del Imperio italiano —se les dice—, servirá para libertaros." "Francia —observa Vernon Bartlett—, no está excentuada de estas atenciones, y, en caso de guerra, el ejército etíope tendría como primer objetivo la toma de Djibuti para poner en comunicación Eritrea y Somalia."

La militarización de la población corre parejas con la propaganda cultural, y las autoridades italianas trabajan en la ejecución de un plan que tiende a formar en cinco años un ejército indígena de unos 3.500.000 soldados, 300.000 de los cuales, en servicio activo. Los reservistas de este ejército deberán dedicar un día a la semana para hacer instrucción.

(«Le Populaire», 20-X-937.)

## 83 ejecuciones en una sola noche en Málaga

GIBRALTAR, 21. — Ochenta y tres personalidades muy conocidas en Málaga, republicanas de derechas, fueron ahorcadas en la noche del 19 al 20 de octubre.

Se levantaron seis patibulos en el patio de la prisión, y su triste misión duró algunas horas. Esta noticia ha causado gran consternación en Gibraltar, donde algunas de las víctimas eran muy conocidas.

(«La Dépêche», 22-X-937.)

## En Alemania, país de setenta millones de habitantes, es un mito el poder político de Hitler

La demagógica aserción nazista —dice W. Hemming en el diario «Frente Popular», de Santiago de Chile— de que «Hitler es Alemania y Alemania es Hitler», pertenece al grupo de las mentiras de la propaganda hitlerista, como antaño se sostuvo que «Hitler es la idea nacionalsocialista» e «Hitler es el Partido».

Alemania tiene una historia de dos mil años, con muchas épocas brillantes, desde Carlomagno hasta Guillermo Hohenzollern.

Ahora —continúa el escritor—, después de la breve existencia de la República de Weimar, llegó al Poder un hombre austriaco por nacimiento y naturalizado alemán, un fracasado en su propia profesión. Y esto necesita del mito de que «Alemania es Hitler y Hitler es Alemania».

¿Cómo se puede tener la pretensión de que «Hitler es Alemania», cuando más de un setenta por ciento del pueblo alemán, al cabo de cuatro años y medio de opresión e imposición no siente ninguna simpatía por Hitler? ¿Cómo se puede tener la pretensión de que «Alemania es Hitler» cuando hoy el 95 por 100 de los alemanes son enemigos del régimen hitlerista?

Alemania es el territorio alemán,

es el pueblo alemán, es su historia milenaria con sus sacrificios, fracasos y victorias; significa el trabajo consciente y el esfuerzo de todos los alemanes. En total, es Alemania; la entidad geográfica y la existencia histórica —el mismo tiempo— del país y del pueblo en conjunto; el desarrollo físico y espiritual del pueblo entero, con sus casi setenta millones de habitantes. Esta Alemania tendrá siempre el sacrificio de sus hijos y la admiración objetiva de cada pueblo y país...

¿Pero Hitler? Hitler es sólo un hombre, jefe de un partido que cuenta con tres millones de afiliados —muchos de ellos descontentos ya de él y de su política—, que llegó al Poder por el truco del incendio del Reichstag.

No atacamos —termina diciendo W. Hemming— al país ni al pueblo alemán, sino a su Gobierno, y sabemos que la simpatía de los hombres honrados está a nuestro lado. El pueblo alemán espera ansiosamente el día de su liberación, y entonces se verá que Alemania es Alemania, pero que Hitler no es, no ha sido, ni será nunca, encarnación de las virtudes del pueblo alemán.



# MI AMIGO POLINAR

(Continuación)

cientes, cuyos faldones, al andar su dueño, asumían los más jocosos movimientos y revuelos; con nariz bermeja, levemente porruda, culotada como sus pómulos, por cuarenta años de alcohol; su bigote hispido y cano, como cerda de jabalí; con sus ojos pequeñuelos, asustadizos, ribeteados de bermellón; su frente angosta, su lengua estropajosa, su barba de fuerte lijo que no había modo que la tuviera rasa y limpia más que una vez a la semana; con sus grandes reverencias y sus carrerillas atolondradas y su sordera. Iba y venía sin sentido, hablando consigo a solas, incoherente, cuando no dormía con estrépito, que era casi siempre, como ratón inexperto, sorprendido y azorado.

Un día, dorado y fino, de octubre del 36, llegaba yo a mi despacho, cuando Polinar, haciéndome sus habituales y exageradas cortesías, me abordó muy trémulo y descompuesto el pobre. «—¡Ay! señor Director —me dijo—, le he visto a usted llegar, mientras volaban los aviones. ¿Por qué sale usted de su casa? —Hombre... —¿No tiene miedo, señor Director? —Pss... —¿De veras que no tiene miedo? Debiera tenerlo. —No te he dicho, Polinar, que no lo tuviera. Escucha. Una vez, un amigo mío, preguntaba a su hijo, mocito de trece a catorce años: —¿Y tú qué entiendes por valor? —Anda... pues aguantarse las ganas de correr—» Y Polinar: «—¿Y usted, señor Director, se las aguantaba? —¿Qué remedio, Polinar, qué remedio!... —Pues yo no puedo, no puedo... Llevo sin dormir muchas noches. Vivo cerca del cañón... allí lo han puesto, lo han traído... cerca de mi casa... ¿sabe?... y toda la noche y todo el día... brruum... cataplum...

brruum... brruum... Me van a matar, señor Director, me van a matar... a todos... a todos... a usted también, porque no se guarda... porque no se va... Váyase... váyase... usted que puede, se lo digo. —Nada, Polinar, cálmate, no te preocupes, todo está escrito, y el hombre no puede ir adonde no vaya su sombra; lo que sea sonará... Y se fué, no convencido; dudando acaso de mi cordura. El pobre Polinar, mi ordenanza, consejero y amigo, lo único leal que me iba quedando (no era fácil reconocer ni ver en aquel momento a los otros, a los de más fuste), habíase convertido de miedo en una substancia movediza y trémula como el azogue.

Das horas o tres pasadas, serían las cuatro de la tarde, cayeron varias bombas en Madrid. Una desplomó la casa a la que había ido a refugiarse Polinar. Murió él, murió su hermana, cuyo era el cuarto, y un matrimonio que estaba de visita. Sólo se salvó una perrita blanca, foxterrier, con una mota negra en la frente, que a los pocos días apareció latiendo dolorosamente, toda chamuscada, derrengada y hambrienta en la calle del Arenal.

¡Estaba escrito, Polinar! ¡El Destino!... Que también lo tenemos los humildes, los nadie, como tú y yo, los que no calzamos coturno, los pobres hombres de la tragedia vulgar. Tú no comprendías nada de lo que pasaba. Yo tampoco. Pero ¿quién es capaz, humilde o soberbio, de comprender la Historia?

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

## ¿Es un documento auténtico?

El documento alemán publicado por el semanario «Vendémiaire»:

«La verdad sobre la intervención hitleriana en España», atribuido a unos oficiales del Estado Mayor berlinés, ofrecía, si fuese auténtico, el mayor interés. Aún apócrifo, tiene, a mi juicio, párrafos exactos respecto a la situación. Pues sus autores son unos oficiales de la Reichswehr, y no de los inferiores, que no han perdonado al Canciller Hitler la salvaje muerte de von Schleicher y de su desgraciada esposa. Recordamos también que el siete de marzo de 1936, los que rodeaban al general von Blomberg eran hostiles a la ocupación militar de Renania, por estimarla susceptible de desencadenar una guerra en la que Alemania tendría la peor parte.

Según este documento, en el que el llamamiento a Clausewitz parece algo forzado, y algunos de cuyos párrafos huelen a falso, la intervención alemana en España sería el prólogo de un brusco ataque contra Francia. El führer pediría, con esta intención, materias primas y bases a Franco... Dicho esto, he aquí el comienzo del documento que puede ser mitad verdad, mitad inventado, como ha ocurrido a menudo con documentos de esta índole.

«El historiador Leopold von Ranke, al describir a los hombres de Estado que tuvieron una influencia decisiva en la suerte de los pueblos, dice:

«Se pueden distinguir dos clases de hombres políticos: los que no piensan más que en la situación actual y no persiguen sino el beneficio unilateral e inmediato; y los que se preocupan por las posibles consecuencias de sus actos, y piensan en la reacción de las fuerzas generales a las cuales se provoca, y, luego, no se puede dominar.»

Esta es la profunda idea que nos inspira cuando, llevados por el amor a nuestra patria, cuya existencia queremos asegurar, examinamos a fondo la política de intervención que Alemania practica en España. Parece que

los responsables de la política española del III Reich «no tienen presente la reacción de las fuerzas generales a las cuales se provoca» con el riesgo de no poderlas dominar.

Clausewitz enseña una sola idea: lo que importa es el triunfo final. Pero cuando los que son responsables de la política alemana le respondiesen que no había que olvidar los comienzos del triunfo, tales como la penetración de la influencia alemana en España, Clausewitz habría probablemente respondido esto: «En efecto, en las actuales condiciones, hay que olvidarlos por encima de todo; un comienzo que, como la aventura española, compromete las probabilidades del triunfo definitivo, constituye, no una victoria, sino una derrota.»

Planteamos esta cuestión de una manera tan clara porque hasta el técnico militar de la revista «Deutsche Wehr», representante de la política intervencionista, no ve en los cañonazos que conmueven a España más

**Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta**

## La acción de Roma en el Islam

Se tiene la impresión en Londres de que si el origen de los conflictos de Palestina es, como parece, el proyecto de división del mando británico en un reino judío y otro árabe, habrá que buscar, en realidad, la acción italiana a través de la actitud del gran Mufti...

Hace cerca de un año que existe en Egipto un gran centro de propaganda panárabe, apoyado por Italia. Esta propaganda consiste en extender entre los árabes la idea de que la fuerza inglesa está ahora muy disminuida en el mundo y que el Imperio británico podría disgregarse fácilmente si todos los árabes se uniesen contra Inglaterra.

Cuando la Comisión real británica terminaba sus trabajos del primer proyecto de división de Palestina, los italianos trataron de unirse a los sionistas. Pero no lo consiguieron. El estrechamiento del vínculo Roma-Berlín los haría, desde luego, muy difícil el apoyo de una política judía en Oriente. Entonces se inclinaron del lado de los árabes. Sábese que, por parte del Vaticano, habrían sido más bien alentados en su simpatía hacia el mundo árabe, precisamente en lo que se refiere a la división de Palestina, ya que la Santa Sede no desea ver instalarse un reino judío en los alrededores de Jerusalén. Tan pronto como se conoció en Palestina las decisiones de la Sociedad de Naciones, durante la primera Asamblea, tanto

en el Consejo como en la Sexta Comisión, decisiones que autorizaban al Gobierno inglés a buscar las bases de un nuevo proyecto de división, estalló la insurrección, muy bien preparada, con el asesinato del joven Comisario inglés. Decíase ayer que Inglaterra había favorecido la evasión del Mufti, a fin de no tener demasiadas dificultades jurídicas con él, sobre el terreno.

Pero van a surgir otras nuevas, estando el Mufti fuera de Palestina. Ha llegado a nuestro país sin documentos. Legalmente, el Gobierno francés tendría pleno derecho a no admitirlo en su territorio. ¿Lo hará? Aún no es esto seguro en el momento en que escribimos estas líneas. Pero es posible que así se haga.

Para Francia, es difícil retener al gran Mufti en el Estado del Líbano, en Siria, o en Damasco, a causa de la agitación panárabe. Por otra parte, si es expulsado de nuestro país, dado que no puede ir a Turquía, a causa de la política anticlerical de Atatürk; sólo puede ir a Italia. No hace falta encarecer los inconvenientes que esta eventualidad supone también. Lo cierto es que el proyecto de división de Palestina no verá la luz inmediatamente, y, por tanto, las fuerzas británicas estarán aún en este país varios años.

GENEVIEVE DABOU

(«L'Oeuvre», 19-X-937.)

## LEALTAD "NACIONALISTA"

«El Diario Vasco, de San Sebastián (19-10-37), publica el siguiente y substancioso "entrefilet", elocuente arquetipo de la ética fascista:

**Murmura, intriga, lanza insidias; pero murmura, intriga y lanza insidias ¡contra los rojos!**

que el preludio de una conflagración mayor y general. Esta convicción se observa claramente en las frases siguientes (extraídas de las «Deutsche Wehr», edición del 3 de julio de 1937).

Desde hace varios meses, la guerra de España reviste el carácter de «ersatz» de una guerra europea: los voluntarios de los ejércitos de los adversarios se hacen la guerra, mientras los Gobiernos pretenden vivir en paz unos con otros.

Si éste es el caso, todo patriota alemán debe concebir los temores más graves; pues es evidente que Alemania ha sido llevada por sus actuales dueños a una situación análoga a la de la Gran Guerra, en que, como ahora, la superioridad de las fuerzas políticas, morales, económicas y militares está asegurada a los adversarios del III Reich.

Esta situación es tanto más precaria cuanto que Alemania, debido a la falta de lógica y de disciplina de su política extranjera, falta que encuentra su expresión más evidente en su apresurado rearme y en su aventura en España, cuyas consecuencias no se han previsto, no iría a un conflicto, tal como lo prevé la «Deutsche Wehr», sino con unas fuerzas ya rudamente castigadas.

A continuación, viene la relación del material de guerra facilitado —según los redactores del documento, al general Franco— así como el personal técnico alemán comprometido en la guerra española.

«En todo caso, cualquier ayuda concedida al general Franco, ayuda ilimitada en lo que respecta a efectivos y a material de guerra, sería, especialmente en la actual situación financiera de Alemania, tan costosa y tan nociva que comprometería gravemente las reservas alemanas, reservas que le faltarían

cuando tuviese necesidad de ellas.

Las cifras que vamos a citar demuestran que este argumento es concluyente.

Alemania ha facilitado al general Franco, hasta 1937:

550 aviones,  
300 carros de asalto,  
550 cañones,

Artillería pesada, piezas marina y cañones para las fortificaciones de las costas de África. La Reichswehr ha vaciado sus arsenales, y nuestro nuevo ejército ha sido, por tanto, debilitado considerablemente. Franco dispone de más de seis mil ametralladoras alemanas; en el ataque a Bilbao, por ejemplo, los rebeldes emplearon exclusivamente ametralladoras alemanas. Hay en España decenas de miles de fusiles alemanes; y cuentan por millones los cartuchos y las granadas de mano. En la España de Franco trabajan decenas de miles de especialistas de todas clases que dirigen la construcción de las obras estratégicas, de las fortificaciones y las instalaciones de batería, especialmente en las regiones cuya fortificación amenaza a Gibraltar. La mayoría de los oficiales de la Marina franquista son alemanes.

Y así, columnas enteras. Si el documento fuese auténtico, sus redactores se jugarían la cabeza al publicarlo. Sin embargo, he creído de mi deber señalar a la atención de nuestros lectores

LEON DAUDET

(«L'Action Française», 21-X-37)

## En Alemania se persigue a las institutrices católicas

Ha sido disuelta la «Asociación de Institutrices alemanas católicas», que era una de las más importantes agrupaciones de Alemania. Su existencia estaba garantizada por el Concordato.

(«Le Populaire», 22-X-937.)

## Acto solemne en honor de los italianos muertos en España

ROMA, 19. — El 29 de octubre, primer día del año XVI de la era fascista, Mussolini impondrá, en el altar de la Patria, a los padres de los legionarios italianos muertos en España, las condecoraciones militares que les han sido otorgadas, como homenaje póstumo.

A esta manifestación asistirán todos los miembros del Gobierno, los dirigentes del partido fascista que mandan los batallones de «camisas negras», las delegaciones de todas las fuerzas armadas del Estado y comisiones de la juventud.

(«L'Humanité», 20-X-937.)

**Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN**



# Mussolini se divierte

La atención europea está tan concentrada en la alarmante situación de China y España que todas las demás cuestiones de interés público quedan sumidas en la oscuridad.

Los bombardeos aéreos, que causan la matanza de multitud de ciudadanos inermes han producido la indignación de hombres y mujeres de todos los rangos, credos y opiniones políticas.

Aparte de este sentimiento de humanidad ultrajada, existe la creencia de que, si no se pone freno a la ambición de las naciones agresoras, la civilización retrocederá a la oscuridad de la Edad Media, en que el derecho internacional estaba a merced de la desenfrenada voracidad de las naciones.

## Nuestra conciencia, ultrajada

Exceptuadas Italia y Alemania, puede decirse que el sentimiento de repugnancia es universal.

Hay distintas opiniones en cuanto a las medidas que deben adoptarse para detener y remediar los males infligidos a un gran pueblo incapaz de protegerse.

Soy uno de los cientos de millones de seres humanos que al ver estas atrocidades se preguntan a sí mismos si la conciencia ultrajada de la humanidad quedará satisfecha una vez más con expresiones emocionales de sentimiento. No tengo interés en hacer una predicción.

La cooperación internacional ha quedado tan desacreditada por los lamentables fracasos de los distintos experimentos hechos durante los últimos años, véase Manchuria, Abisinia y España, que los presagios de una combinación de ese género para hacer frente al ataque japonés contra China no son demasiado atractivos.

Los fracasos repetidos han desacreditado indudablemente a la Sociedad de Naciones.

Las prolongadas y tediosas maniobras de Ginebra, por las cuales los países armados se esfuerzan por eludir el desarme, han desprestigiado

do indudablemente al organismo de Ginebra.

## Intervención remilgada y vana

Alemania, disgustada, volvió la espalda a estos interminables comités, consultas, conferencias y convenciones. El pueblo alemán creía unánimemente que estaba siendo burlado y engañado por la Sociedad de Naciones.

Por ello, la miraban con una mezcla de sospecha, odio y desprecio. Hay razones que abonan su actitud.

La intervención exigente y vana de la S. de N. cuando el Japón invadió Manchuria es uno de los episodios más humillantes de su carrera. Y me temo que la Gran Bretaña sea considerada por la historia como la principal culpable.

Cuando los Estados Unidos ofrecieron por intermedio del ministro Stimson emprender una acción efectiva con tal de que la Gran Bretaña apoyara su esfuerzo, nuestro Ministro de Negocios Extranjeros, Sir John Simon, echó un jarro de agua fría sobre la proposición.

Este fue el segundo paso en la decadencia de la confianza en la Sociedad de Naciones y en el respeto del mundo a su autoridad. Los Estados agresivos se dieron cuenta de que el organismo internacional no hablaba en serio y no prestaron atención a sus reprensiones.

Sabían que se conformaría con aconsejar soluciones sazonadas con piedad y con picadillo de justicia, pero que no obraría.

Los astutos orientales tomaron la medida de los hombres con quienes tenían que habérselas y sacaron la conclusión de que eran unos charlatanes. Sus pistolas podrían estar cargadas pero las manos que las sostenían temblaban de miedo. El Japón, por lo tanto, siguió adelante, a pesar de los revólveres, y se anexionó la Manchuria. Ahora se está agregando cinco provincias más, y pronto los Estados Unidos del Japón en una costa del Océano Pacífico, tendrán dos veces más po-

blación que los Estados Unidos de América en la costa opuesta.

Entonces llegará el turno de ser devoradas a las Colonias francesas de Conchinchina.

Después, a Mongolia y a las provincias de Siberia lindantes con el Pacífico.

La India, con sus provincias dominadas por el Congreso, vuelve ya sus ojos hacia el país del sol naciente.

Y los llamados estadistas de los imperios amenazados por este portentoso que está oscureciendo el cielo de Oriente, intentan espantar a los merodeadores con bravatas sin sentido, como si se tratara de una bandada de gorriones y no de buitres.

Inglaterra y Francia, interesadas ambas en la aventura de Japón en China, no pueden dedicar todo su pensamiento y sus fuerzas a esta cuestión por la grave amenaza que pesa sobre el Mediterráneo.

Mussolini se encuentra en una situación ideal, y se divierte pomposamente. No se preocupa de los japoneses. Son de su calaña. Su artículo en «Il Popolo d'Italia» pone de manifiesto que considera al Japón, que bombardea para anexionarse territorios, como un hermano fascista. Son camaradas de armas contra los medrosos Estados democráticos.

Cree tener una deuda de gratitud con el Japón ya que éste le descubrió el vacío que existe detrás de la fachada de la S. de N.

Los japoneses se anexionaron Manchuria, a pesar de las amenazas históricas de aquella; él siguió su ejemplo y se anexionó Abisinia desafiando los rugidos de las potencias ginebrinas.

Estas amenazas, dieron golpes con globos llenos de aire, que el propio Mr. Eden, líder sancionista, hizo reventar de un pistoletazo.

Su jefe escribió una carta a Mussolini enviándole un apretón de manos y diciéndole que no habían pensado en hacerle daño, pues sólo deseaban su bien. Francia y las

# Parece ser que el gran Mufti pedirá ayuda a Mussolini, "protector del Islam"

LONDRES 18. — El «Daily Herald», publica una información de su corresponsal en Jerusalén, según la cual, Haddj-Amine-Husseini, gran Mufti de Jerusalén, piensa trasladarse a Roma para buscar el apoyo italiano o, al menos, entrevistarse con Mussolini.

Según otros informes ingleses, que damos con nuestra acostumbrada reserva, el duce no es ajeno a la huida del gran Mufti.

Se hace notar aquí como el dictador italiano se ha proclamado *protector del Islam*, se aprovechará de ello para crear nuevas dificultades a Inglaterra.

A este respecto, se acuerda que la estación de Radio de Bari realiza, en los centros árabes, desde hace dos años, una campaña antibritánica en extremo pernicioso.

(«L'Echo de Paris», 19-X-37.)

demás naciones siguieron en la proclamação apologética.

## Lo que todos preguntan

¿Cómo los debe despreciar a todos el dictador italiano? El único interés de Mussolini es España y Abisinia.

Los Estados democráticos vacilan entre la política de hacer poco en el Mediterráneo y hacer algo en el Pacífico. Al fin, no harán nada en ningún sitio. Y esto es lo que cree Mussolini. ¿Tiene razón? Hasta ahora está justificado el mal concepto que tiene de sus contrarios.

El famoso discurso del Presidente Roosevelt fué una sorpresa. Pero todos se preguntan ahora: ¿Qué significa exactamente?

Entre nosotros se han pronunciado tantos discursos de la misma clase por Lord Baldwin, sir John Simon, Sir Samuel Hoare y Mr. Eden que no han terminado en nada, que somos escépticos en cuanto al verdadero propósito del notable discurso del Presidente. Hasta ahora la dirección de todos estos conatos de cruzada ha sido vacilante y timorata. De ahí su ineficacia.

¿Ofrece el Presidente Roosevelt una nueva guía a las naciones? ¿Cuál será la respuesta a esta pregunta?

## Invitación a la "acción común"

El Presidente del Consejo francés Mr. Chautemps, en su discurso del jueves dió por sentado que el discurso del Presidente era una invitación a la «acción común» de las naciones civilizadas del mundo contra los agresores.

Conocemos ahora la interpretación que le dió el primer Ministro británico. No difiere de la que le atribuyó el jefe del Gobierno francés.

M. Chautemps no nos dió la clave de lo que quiere decir «acción común». No estoy seguro de que tenga una idea clara de su significado. Entre tanto, el Japón no ha perdido tiempo en dar a entender a las claras que no se presentará con disfraz en la proyectada reunión de los firmantes del Tratado de las nueve potencias y que no se dejará espantar ni detener en su actual empresa militar por ninguna política de sanciones económicas.

Se apoya confiadamente en la seguridad que le dan sus jefes militares de que la conquista de China será un hecho realizado antes de que llegue a ser efectiva una presión económica.—Lloyd George.

(«The Sunday Express», 10-X-37.)

# Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título original de Silvio Trentin

(Continuación)

Colocada bajo la dependencia directa del ministro del Interior, y disponiendo, en provincias, de tantos centros de investigación local como prefectos y mandos de milicias hay (Art. 3), pronto envolvió a la península entera en una vasta red de intrigas contrarrevolucionarias, llevando sus tentáculos hasta el interior de los hogares más celosamente guardados.

«L'Ovra» (organización voluntaria para la represión del antifascismo), con agentes intangibles, se convirtió en seguida en su instrumento preferido. Los provocadores, los traidores, los confidentes mercenarios, toda la canalla de los bajos fondos sociales, le proporcionaron, desde los primeros días, sus efectivos más precisos.

La experiencia, muy instructiva, realizada por la policía con motivo del proyecto de atentado concebido en noviembre de 1925 por el ex diputado Zaniboni, con el concurso del general Cappello —atentado que, utilizando los servicios de un innoble indicador, el periodista Quaglia, les había sido fácil a los funcionarios de la Dirección de Seguridad seguir de cerca en todas sus fases preparatorias hasta su comienzo de ejecución—, fué ampliamente aprovechada. Desde entonces, no ha habido, puede decirse, un solo militante antifascista cuyas opiniones fuesen conocidas, que no haya tenido que sufrir en torno suyo la mayor parte del tiempo sin darse cuenta de ello o sin poder desenmascarar al intruso— la presencia vigilante de un hombre de la OVRA.

Provistos, en caso necesario, de prerrogativas excepcionales, que les permiten, en todo momento, obrar a su antojo y disponer, como verdaderos amos, de la autoridad judicial —reducida en lo sucesivo a

no desempeñar para con ellos más que un papel de servidora— los miembros del Servicio de Investigación se convirtieron, de la noche a la mañana, en árbitros soberanos de la libertad, del honor y de la vida misma de los ciudadanos confiados a su vigilancia.

Una tras otra, cada ciudad italiana fué llamada a conocer sus hazañas. Nadie tiene nunca aviso de su llegada; pero su paso es siempre señalado por detenciones sensacionales, la mayor parte del tiempo, inesperadas e imprevistas. Para operar, les bastaba exhibir una tarjeta. Las autoridades judiciales y la policía les deben ciegamente ayuda y asistencia. Al menor requerimiento por su parte, la pesquisa se hace legal, y obligatoria la entrega de una orden de comparecencia.

No es, en absoluto, necesario, cuando ellos intervienen, instruir proceso ni comprobar nada. Sólo una frase: defensa del Estado, puede reducir a la nada todo escrúpulo legalista, todo cuidado de respetar, al menos en la forma, las garantías que protegen —según principios de alcance universal, ante los cuales el mismo fascismo tiene que inclinarse— a todo acusado. Muy a menudo, la acusación se formula después de poner en práctica las medidas punitivas. Ello ocurre corrientemente cuando se trata de organizar los desplazamientos de los jefes principales o de proceder, con actos en cierto modo simbólicos y ejemplares, a la sofocación preventiva de toda manifestación perturbadora inoportuna de la opinión pública.

Desde noviembre de 1926, cada viaje del duce ha sido siempre precedido, a lo largo de su recorrido, de abundantes redadas, de tal suerte que de antemano se hiciese el desierto a su paso. Asimismo, en cada momento crítico de la política imperial, todas las veces que se advirtieron síntomas de fatiga, que hasta el entusiasmo del mando pareció disminuir, la prisión para los herejes fué la receta constantemente seguida para inmunizar al cuerpo social contra todo peligro de epidemia.

Durante la guerra de Etiopía, no hubo semana en que no pagaran algunos sospechosos con el sacrificio, con la pérdida de la libertad personal, la culpa de un pueblo que se negaba a apreciar el carácter augusto de la visión imperial y a gozar de la belleza incomparable de una lucha que le permitía va-

lorar —con el asesinato, la rapiña y la traición— los atractivos irresistibles de la civilización de los vencedores.

Hoy, se ha recurrido a los mismos procedimientos para hacer popular la intervención del fascismo en España y ganar a la causa de Franco y de sus secuaces la simpatía y hasta la solidaridad activa de las masas italianas. En el mes de agosto de 1936, so pretexto de que, a la salida del trabajo, los obreros de las fábricas de acero de Terni habían protestado contra el envío de armas y municiones a los rebeldes de Burgos y se habían manifestado de manera tumultuosa en favor del proletariado ibérico, se practicaron treinta detenciones, por iniciativa de la Ovra, entre el personal de los talleres. En el mes de octubre, el Tribunal especial, que se había trasladado a Terni, condenó a los acusados a penas feroces. Nadie conoció, a decir verdad, el texto de la sentencia; pero lo que sí es seguro, es que ninguno fué absuelto y que circuló el rumor —nunca desmentido— de que cinco de ellos habían sido condenados a muerte y los demás a varios años de prisión.

Este es un ejemplo entre mil del poco valor que tienen en un régimen fascista la vida de los adversarios. Es un ejemplo también del papel que les está reservado en este mismo régimen a los defensores titulados del Estado. Papel repugnante y criminal, cierto, pero incapaz, además, de alcanzar nunca la finalidad para que fué concebido.

Al espíritu no se le puede encarcelar. Tampoco se puede ejecutar la fe.

¡Sí! —lanzó Giacomo Matteotti, con su voz agonizante a sus miserables torturadores— ¡Sí! ¡Podéis matar mi cuerpo; pero no lograréis jamás matar la idea que llevo en mí! ¡La idea no muere!

Y... «El sangue bulica e fermenta»

No había transcurrido un mes desde el día en que los llamados magistrados del Tribunal especial administraron su corrección ejemplar a los obreros de los Aceros de Terni, reconocidos como culpables de no haber negado el vínculo de fraternidad que, por encima de las fronteras, les unía a sus camaradas españoles, cuando el mensaje de que estos mismos obreros habían tomado la iniciativa fué fielmente proyectado —intangible para los espías— al otro lado del Mediterráneo y recibido con emoción.

(Continúa en la página siguiente)



# Detrás de las trincheras

—¿Ha visto usted la última broma de Franco?— me preguntó un amigo mío español. La broma consistía en un sello de correos recientemente puesto en circulación por el general. En el dibujo muestra la figura convencional del apóstol Santiago, bandera en mano, montado en un caballo blanco, tal como se apareció para levantar el ánimo de los casi derrotados cristianos en su lucha contra los moros en el siglo IX. Según cuenta la leyenda, como resultado de su aparición quedaron muertas en el campo de batalla sesenta mil musulmanes, y suele representarse a algunos de ellos bajo los cascos de su caballo. No tiene nada de extraño que en el sello de Franco se hayan suprimido los moros, ni que los españoles lo encuentren chistoso.

Todos aquellos con quienes he hablado en España consideran esta guerra como una guerra de invasión extranjera, y si les menciono a los rusos responden que no los han visto. Es tan evidente para los españoles que Mussolini es ahora el verdadero enemigo, que un inglés tiene que hacer frente en todas partes a preguntas de asombro sobre la política británica. ¿Es Inglaterra realmente partidaria de Franco? ¿Cuándo se abrirá la frontera? Explicó que Inglaterra está dividida, que el Partido Laborista hace todo lo que puede, pero que el Gobierno es conservador si bien su actitud obedece más bien a su preocupación por el Imperio Británico que a simpatía por Franco. Pero, —me dijo el oficial con quien hablé detrás de las trincheras y la gente que discutía en los cafés, y el Ministro a quien vi en Valencia—, aun partiendo de esa base, ¿por qué se oponen los ingleses a restablecer nuestro derecho de comprar armas y material de guerra? ¿Pueden permitir los franceses que Italia conquiste a España? Y si Francia interviene en la guerra, ¿puede Inglaterra mantenerse fuera?

En ese caso, ¿no estriba la mejor posibilidad de la paz en hacer ver a Italia ahora, antes de que sea demasiado tarde, que Inglaterra y Francia están dispuestas a prestar plena ayuda a la causa popular en España?

Si la guerra ha de continuar, hará falta un ejército italiano muy grande y perfectamente equipado para derrotar al Gobierno. El ejército gubernamental está ahora muy bien organizado, bien alimentado, y empieza a tomar las ofensivas. La política interna en el territorio dominado por el Gobierno ha mejorado mucho. Negrín y Prieto son hombres de capacidad, socialistas de la derecha, —apenas tan izquierdistas como el Dr. Dalton y Herbert Morrison— y están apoyados por los republicanos, que son conservadores, y por el partido comunista, bien organizado y moderado, cuya adhesión al Gobierno no es cosa de táctica temporal, sino firme y sincera. Encontré a los comunistas admiradores de Negrín y decididos a serle leales.

Franco, como los japoneses, parece haber adoptado deliberadamente la política del terror. Uno quisiera creer siempre que las bombas que matan a la población civil van destinadas a objetivos militares, pero no puede mantenerse esta teoría cuando los aeroplanos descienden casi hasta tierra y disparan contra los no combatientes las ametralladoras. De la misma manera, los recuerdos de la última guerra me han hecho escéptico con respecto a las historias de las atrocidades, pero algunas de ellas parecen ser verdaderas. Un muchacho de la Brigada Internacional, que no hablaba para el público, me contaba, después de la toma de Belhite, que el peor momento para él había sido cuando para tomar cierto pueblo, se había visto en la necesidad de cañonear una barrera levantada por los fascistas en su retirada, descubriendo cuando llegaron a ello

que estaba compuesta de niños vivos. Al parecer eran unos doce, atados, y colocados a través de la carretera. Tres vivían todavía cuando se tomó el pueblo, pero murieron poco después. Hasta ahora el Gobierno se ha opuesto a las demandas de represalias.

El doctor Negrín cree que la política de un Gobierno democrático ha de consistir en estimular la deserción del lado de Franco, tratando bien a los prisioneros.

Comprendí mejor el problema cuando visité un gran cuartel de las afueras de Valencia, que alberga ahora a unos 1.900 prisioneros. Allí estaban, bien alimentados, limpios y saludables, vigilados únicamente por un puñado de guardias, sin armas. Mis amigos y yo ardíamos en deseos de tantear sus opiniones. Algunos moros, a quienes interrogamos mediante intérprete dijeron que eran soldados y habían venido porque se les había mandado. Los desertores del lado de Franco estaban ya, desde luego, trabajando. Los italianos eran más interesantes. Muchos de ellos, hechos prisioneros en Guadalajara, dijeron que se les había engañado, que eran antifascistas de corazón y que vinieron creyendo que se les llevaba a Abisinia.

Estos prisioneros constituyen un problema difícil para el Gobierno. Nadie puede decir cuáles son sus verdaderas ideas, ni hasta qué punto podría ser eficaz con ellos una propaganda más intensa del Gobierno. Sin embargo, ahí están consumiendo las provisiones que la población civil necesitará el próximo invierno. Franco los habría obligado a cavar sus propias sepulturas y después los habría matado con sus ametralladoras.

Pocas experiencias puede haber más extrañas que la de andar por las calles bulliciosas de una capital, que todavía contiene un millón de habitantes, que compran, hacen cola y trabajan, y después ir an-

## Las autoridades rebeldes efectúan trabajos de fortificación en la frontera francesa

HENDAYA, 18. — Sábese que, por orden de las autoridades fascistas españolas, se efectúan activamente trabajos de defensa en la frontera francesa. Se construyen trincheras desde Fuenterrabía e Elizondo. Se han transportado de San Sebastián a Irún seis piezas de grueso calibre.

Se añade que varios generales españoles inspeccionan actualmente la frontera. Parece ser que han visitado la región que domina los Aldudes, especialmente el puerto de Bordaritz.

Se dice en España que van a llegar a Elizondo siete mil soldados y que el cuartel general se ha instalado en esta población.

Además, un consorcio alemán, con un capital de mil millones de pesetas, va a comprar los ferrocarriles de vía estrecha de las proximidades de la frontera francesa. Se mencionan las líneas Irún-Elizondo, San Sebastián-Pamplona y Logroño-Pamplona.

La operación se efectuará de la siguiente forma: Burgos comprará las líneas a los concesionarios y las cederá al consorcio alemán. Parece que ya están llevándose a cabo las negociaciones. («L'Humanité», 20-X-937.)

dando o tomar el tranvía o el metro, a un parque de las afueras de la ciudad y encontrarse en las trincheras con el enemigo a veinte yardas de distancia. Podéis pasearos por un gran suburbio de Madrid del que sólo quedan los paredones de las casas, como en Arras en 1916.

Causa extrañeza entrar en este sector tranquilo de la monstruosa línea de batalla y hallar en él escuelas para los soldados casi analfabetos, sentarse a la sombra de los árboles y beber cerveza con los soldados, escuchar sus historias y ver los sobrecitos de papel de fumar, en cuyas hojas han impreso mensajes de propaganda antifascista, que lanzan a las trincheras enemigas. En momentos como estos uno no se olvida de que toda guerra es horrible, ni de que lo que se gana en la guerra se suele perder en la paz; uno sabe también que esta guerra, por lo menos en el lado del Gobierno, —Franco no deja visitar el suyo— se parece sólo de una manera superficial a la guerra de 1914. La necesidad ha dado forma a este ejército; es un ejército del pueblo, integrado por hombres que saben

que están luchando no por hacer propaganda de nadie, ni por una causa ajena a ellos, sino luchando simplemente como siempre han luchado los hombres cuando el sueño en que viven y que aman está invadido por extranjeros, y cuando a nueva libertad que estaba empezando a disfrutar se ve de nuevo amenazada por una antigua tiranía. En tales ocasiones es inútil discutir si los hombres deben luchar. No conocen ninguna alternativa.

«CRITIC»  
(De «The New Statesman and Nation», 16-X-37.)

## Una nueva confesión italiana

ROMA, 17. — Los periódicos dan la noticia de que en Messina, se ha concedido, como homenaje póstumo, la medalla de oro del Valor Militar, es decir, la mayor distinción militar italiana, al capitán Emilio Daniele, muerto en Guadalajara. («Le Peuple», Bruselas, 18-X-37.)

en lo más rudo del combate, por los milicianos que, en la patria de Cervantes, defienden, solos contra la coalición de los fascismos, la causa del proletariado europeo.

El 16 de noviembre de 1936, algunas de las bombas que, esa mañana, fueron lanzadas sobre Madrid por los aviones al servicio de Franco, no hicieron explosión. Este hecho extraordinario no dejó de causar extrañeza a los técnicos gubernamentales, los cuales quisieron buscar al punto la explicación. Las bombas aludidas fueron desmontadas y sometidas a un examen atento. La causa del funcionamiento defectuoso de estas máquinas pronto se descubrió. En el interior de un sobre, metido en el serrín que sustitúa a la materia explosiva, había un mensaje que decía así:

«Los trabajadores italianos, vuestros hermanos, no quieren haceros daño.»

Los medios de que dispone la Ovrá están muy lejos, afortunadamente, de igualar con su potencia a la fuerza que se le opone. La tarea inhumana a la cual aquella se entrega de una manera encarnizada, no cesa de ser paralizada por formidables resistencias invisibles que obligan a los encargados de realizarla a un trabajo perpetuo, nunca terminado. Por ello, el fascismo no puede concebir la defensa del Estado más que en función de un aparato que carezca de antemano de todo freno legal.

## El ciudadano está despojado de todo derecho para con la Policía

En efecto, para poner a cubierto en toda hipótesis, la obra de sus agentes, el ministro del Interior y los prefectos están formalmente investidos de prerrogativas excepcionales.

En otros términos: la ley fascista, en materia de seguridad pública, no concede al ciudadano ningún derecho. Su único fin es el de esclavizarlo, integradamente, inexorablemente y notificarle, de cualquier modo, de una vez para siempre, que su calidad de súbdito no tiene valor sino en tanto que implique para él el deber absoluto, categórico, de conformar, en todo momento, su conducta a las prescripciones de la policía.

No existen poderes cuyo disfrute arbitrario no pueda ésta reivindicar, ya que la reforma legislativa

del mes de noviembre de 1926, le atribuye, de una manera permanente, la facultad ilimitada de intervenir, a su antojo (libre de toda investigación y responsabilidad) en las manifestaciones más diversas de la vida individual.

A la orden de la policía —cualquiera que sea su forma— no puede oponerse útilmente ninguna negativa.

A este fin, el prefecto, en cada departamento, está colocado previamente por encima de la ley común, a fin de que le sea posible disponer en uno, en cualquier ocasión, de la libertad de los ciudadanos que residan o actúen dentro de su circunscripción. La fórmula adoptada sobre este punto por el legislador es un monumento de flexibilidad y de hipocresía.

En caso de urgencia o de grave necesidad pública (de que él es único juez), el prefecto puede adoptar todas las medidas para el mantenimiento del orden y de la seguridad pública (artículo segundo del decreto-ley).

Al amparo de esta fórmula, sus poderes se ejercen sin freno: puede prohibir (independientemente de la intervención de la autoridad judicial), toda actividad, aun la más lícita; puede ordenar pesquisas domiciliarias; puede decidir el encarcelamiento de quien quiera que sea sin la menor justificación.

El ciudadano que, en estas hipótesis, se cree agraviado por un acto arbitrario, no tiene otro medio de apelación que recurrir al ministro del Interior! (Art. 2.º). Este, por su parte, en el caso en que temiese desórdenes, puede, en todo momento, con consentimiento del primer ministro, declarar, directamente o por intermedio de los prefectos, el estado de peligro público, lo cual implica la atribución a las autoridades de policía, departamentales o de distrito, de la facultad de ordenar la detención de todo ciudadano cuando ello se considere necesario para el restablecimiento o el mantenimiento del orden. (Art. 219 y siguientes.)

No es extraño, por tanto, que so pretexto de atender a las exigencias del orden público, la autoridad policiaca, desde hace diez años, haya legislado, con cualquier motivo, por decretos o por circulares, como si estuviese elegida por la Constitución en órgano dotado de plenos poderes. Por iniciativa suya, el estatuto personal del ciudadano ha dejado de ser

—puesto que carece de toda garantía y de todo contenido— un Estatuto jurídico.

## Restricción del alcance y de los efectos de las resoluciones judiciales y de las medidas de amnistía

Entre los resultados así alcanzados, el más escandaloso, el más monstruoso también, es el de quitar todo prestigio y toda fuerza ejecutiva a las resoluciones de la autoridad judicial, y anular prácticamente, en muchas ocasiones, todos los efectos que comporta, de una manera automática, la adopción solemne de una medida de amnistía.

El hecho, por ejemplo, de haber sido absuelto por el juez competente o de haber cumplido, íntegramente, la pena impuesta como consecuencia de un proceso regular, no basta, en modo alguno, en régimen fascista, para reintegrar al ciudadano al ejercicio de su libertad personal. Cuando éste figura en la lista de los acusados o de los condenados a título de antifascismo, no deja de quedar (ya haya sido declarado inocente de todo acto delictivo o haya pagado su deuda a la justicia, si fué reconocido como culpable) a merced de esos Tribunales subsidiarios que se llaman modestamente Comisiones departamentales.

El antifascista, con harta frecuencia cuando sale de la cárcel o cuando se le absuelve, es inmediatamente deportado, sin que se le permita estar en su hogar ni una hora. Ello constituye ya una costumbre policiaca a la cual no se falta sino en contados casos. Rosselli y Parri, inculcados de haber favorecido la expatriación clandestina de Filippo Turati, fueron deportados a Lipari el mismo día en que se les puso en libertad, una vez cumplida su condena. Lussu, absuelto por la autoridad judicial, después de cerca de un año de prisión preventiva, cuyo rigor quebrantó gravemente su salud, fué enviado también a disfrutar las delicias de un veraneo forzoso en Lipari, no sin haber sabido antes, por la lectura de un informe del médico de la cárcel que acababa de dejar, que el clima de esa isla podría serle fatal.

Una suerte idéntica les estaba reservada, en condiciones análogas, a Terracini, a Scoccimarro y a Pertini.

(Continuad)